

vasos etruscos de Kertch encontrados en las sepulturas, merecerian por sí solos una memoria arqueológica, y sus admirables dibujos reclaman un diestro buril que haga á la Europa partícipe de estos maravillosos descubrimientos. ¿Y qué diremos de esos ricos cenotafios de mármol, sacados completos de la oscura huesa en donde han estado dos mil años enterrados? El dibujo muelle y algo pesado de las figuras, la delicadeza mas esquisita de los adornos, traen á la memoria la colonia griega adonde los artistas que sobresalian en la mas difícil de las artes no habian enviado sino alumnos. Lejos de nosotros ir contando las lápidas sepulcrales de todas épocas que rellenan este museo. En sus epitafios se ven todas las lenguas, desde el griego puro hasta los dialectos mas distantes del hermoso idioma primitivo. En estas piedras, que ya no custodian sus muertos, se ve languidecer y morir la lengua del viejo Homero. Así va pasando de uno en otro eco algun noble canto guerrero. Algunas lápidas con inscripcion griega representan un verdadero tártaro montado, con sus armas casi iguales á las que usan en nuestros dias.

Una larga serie de armarios, con cristales, contienen objetos preciosos, medallones, vasos de cristal, cadenas, sortijas, innumerables medallas: tales

son los secretos tesoros que se ocultan á los profanos, y que nos dejó observar la amable condescendencia de nuestro guía, subdirector del museo. Hállase este en un estado brillante, y el orden cronológico ha sido respetado en cuanto lo permite el volúmen de los objetos. Cada inscripcion curiosa, cuyo número es infinito, tiene su traduccion esmeradamente hecha en ruso y en frances. Allí se ve cuál era el destino de los khurghans, sin que pueda no obstante deducirse la época ni el origen de esos singulares monumentos, que no tienen fecha ni indicacion alguna que la supla. ¿Quién es capaz de adivinar cuántos siglos han pasado sobre uno de esos túmuli, envuelto, cual sus innumerables hermanos en su ropaje de yerba que cada primavera renueva, y que blanquea cada invierno? Cada otro tiene su antigüedad misteriosa. Aquí restos puramente griegos; y mas allá se remueven los manes de un gefe bosforiano: un poco mas allá dais acaso con un sármata, con un khazaro, con un petchenego, que reposan en uno de esos sepulcros, todos iguales para mayor desesperacion del anticuario. ¿Qué es lo que puede deducirse de estos monumentos, en los cuales un siglo ó diez siglos mas ó menos no dejan señal alguna, ni borran un solo contorno?



Una de nuestras escursiones favoritas era la de Ak-Burun, la *Nariz blanca*, en la lengua de los tártaros, que dan este pintoresco nombre á todos los puntos culminantes que los latinos llamaban *Promontorium*, que los franceses conocen por *cabo*, y los ingleses por *head*, cabeza. Desde esta altura se presenta el mas vasto y austero panorama que pueda imaginarse. Este cabo, situado en la punta meridional de la bahía de Kertch, domina el mar Negro, el estrecho y sus dos puntas, y la costa asiática, cuyo último término dibuja el Cáucaso con sus azuladas cumbres. El mismo cabo que tiene encima un túmulus inmenso, está circuido de redondeados peñascos que van hasta el horizonte de Kerth á confundirse con los collados que dominan la ciudad. Desde este encumbrado sitio contamos mas de cien buques que surcaban las aguas del Bósforo cimmerico, ó estaban tranquilamente anclados al pié de los espaciosos lazaretos. Nuestros naturalistas que llevaron sus escursiones mas lejos, volvian del inmediato cabo de Kamiuch-Burun, cargados de preciosos fósiles bivalvos, envueltos todavía en su soroque ferruginoso, rareza desconocida hasta ahora en los museos de Europa.

Al volver una tarde de estas fructíferas correrías encontramos el muelle de Kertch cuajado de impa-

cientes espectadores. La canoa del príncipe gobernador y su elegante tripulacion de remeros se alejaban de la playa bogando hácia dos barcos de vapor que hacian rumbo á la bahía. ¡Victoria! Al fin se colmaban los deseos de la ciudad entera, pues iba á llegar el huésped imperial. Los ojos mas perspicaces habian reconocido al emperador encima del puente del *Severnaia-Zvesda*, estrella del Norte. Su majestad recibió á bordo el homenaje de las autoridades de Kertch, manifestando que no pensaba salir del buque hasta el dia siguiente. Por la noche toda la estension de la bahía apareció mágicamente iluminada, y en la cumbre del Ak-Burun se habian acumulado materias betuminosas que arrojaban una grande masa de luz azulada. Kerth toda entera, sus calles, sus edificios, su histórica montaña, brillaba con cordones luminosos que, atravesando los pueblos inmediatos, iban hasta la cuarentena; de suerte, que parecia una ciudad de dos leguas, cuyo límite terrestre señalaba la inmensa línea de luz que habia en el muelle y se reflejaba en las aguas. En toda la ciudad resonaba el estruendo de las fiestas particulares, en todas partes notábase alegría y se percibia ruido: no hay capital en Europa que hubiera escedido á la ciudad del Bósforo.



Al amanecer el día inmediato, la multitud estaba ya en su puesto, cuando el emperador pisó la tierra. Ese momento era solemne, y no es posible ver cosa mas pintoresca que esa muchedumbre que llenaba el puerto y sus avenidas, y que aguardaba lo mismo. Los rusos representaban la autoridad y los destinos públicos; los judíos habíanse endosado las mas ricas túnicas; y los tátaros pertrechados ya para el invierno, se agrupaban cubiertos con sus levitones de piel de carnero forrados de tupida lana. Cruzaban entre el gentío las bellísimas griegas y las señoras rusas, cuya habla era preciso oír para no creerse uno en el centro de Paris: tan cierto es que la moda, mas poderosa que todas las geografías, ha hecho una sola y misma nacion de todas las naciones femeninas.

Habia desembarcado el emperador en medio de las mas ardientes aclamaciones y seguido del gran duque su heredero. Los coches, de antemano preparados, condujeron á los augustos huéspedes á la iglesia en donde se habia reunido lo mas selecto de la ciudad para dar gracias al cielo. Desde el templo el cortejo imperial se trasladó al museo, y á los edificios nuevos, entre los cuales merece ser citada una iglesia monumental de hermoso estilo griego, encima de la cual se ha puesto en latin, quizás con

demasiada elipsis, la inscripcion *Reddite Dei Deo: et Caesaris Cesari*. El emperador honró en seguida con su presencia la casa del gobernador, edificio hermoso y por todos términos bien dispuesto. El príncipe habia hecho reunir los objetos mas raros de la coleccion panticapea, que eran los despojos del mas rico túmulus abierto hasta entonces. Figúrese el lector todo el lujo funerario con que pudo ser engalanada una dama griega del mas alto rango; sus mas ricas alhajas, sus adornos, los graciosos utensilios de un tocador esquisito, y los jaeces cubiertos de oro y de piedras preciosas de un caballo favorito. Habia allí un objeto mas precioso que todo lo dicho, y era una máscara de oro y una corona de laurel, del mismo metal, que habian sido colocadas en el rostro y en las sienes de la ilustre difunta.

Esa máscara no era una cosa comun. Es indudable que debió aplicarse exactamente sobre las facciones de la persona inhumada, pues sus mismas imperfecciones revelaban la espresion de la fisonomía, que no puede reproducir sino un molde sacado del natural. Todos estos tesoros ocupan hoy en el museo de Petersburgo el lugar que de justicia les tocaba. El emperador habia visto toda esta ciudad naciente, examinó el plan, segun el cual debia



completarse y escribió su aprobacion al márgen. Al cabo de pocas horas consagradas al estudio mas bien que al descanso, tomaba otra vez el monarca el camino del mar Negro, y el heredero presuntivo se quedaba en Kertch, á fin de volver por el mismo camino que nosotros tragimos, al lado de la emperatriz y de la numerosa corte que el conde de Woranzoff poseia entonces en las delicias de su risueña Alupka.

Fieles nosotros al proyecto de ir á Taman, al opuesto lado del estrecho, tomamos el camino de *Yeni-Kaleh*, fuerte nuevo, nombre que se da á una pequeña ciudad ya antigua, que domina el paso mas angosto del Bósforo cimmerico. Hasta la cuarentena el camino que recorren todo el dia los carruajes de los comerciantes de Kertch, es bueno y está bien conservado, y pasa por un grande pueblo ruso. Despues del establecimiento sanitario hay muchas dificultades para viajar por el resbaladizo terreno, sobre todo cuando llueve, como nos sucedió á nosotros. El camino sigue la playa de bastante cerca para que puedan distinguirse las singulares rocas madreporicas con formas extravagantes, dispuestas, ya en cavernas, ya en ligeros arcos que parecen preparados para comenzar un puente. Cada cavidad de esos esponjosos edificios, fantástico capricho de

la naturaleza, cuyo arquitecto es un débil molusco, sirve de garita á un negro cuervo marino. Al primer tiro se levanta una espesa nube de esos huéspedes perezosos, que pasado el riesgo vuelven como verdaderos piratas bien repletos á recobrar su puesto y á seguir la digestion.

Una rápida cuesta lleva á *Yeni-Kaleh*, pueblo alternativamente oriental y genovés, y cuyas casas ocupan casi por entero los griegos. El fuerte, situado al Norte del pueblo, deja comprender por la ignorante irregularidad de sus edificios, que es obra de turcos. Algunas modernas restauraciones lo han puesto en buen estado, y en él se ve una puerta de puro estilo oriental. Una grande torre cuadrada, que flanquean otras cuatro menores y separadas, recuerda el arte de los genoveses. Al pié de esta torre hay dos fuentes construidas por los turcos, una de las cuales está arruinada y perdida, pues las paredes se han caido y el manantial secado; mas en desquite se oye el murmurio de la otra que arroja sus aguas sobre un hermoso escudo de un sarcófago griego de mármol blanco, convertido en recipiente. La escultura borrada deja apenas entrever dos figuras de aves.

Aunque *Yeni-Kaleh* está situada sobre una playa arenosa y batida por los vientos, ha encontrado



medio de construir algunos almacenes, en donde se venden lienzos, brea, palos de birar y sobre todo una rica abundancia de pescado, fruto de la pesca diaria, que se conserva salándola cuando no puede esponderse en el acto. Los peces mas delicados son el rodacaballo y los esturiones que son enormes.

Como era menester pasar el estrecho, hubimos de entablar largas y difíciles conferencias, cuyo resultado fué que nos proporcionaran un angosto esquiife, alto por popa y proa, y aparejado con dos velas latinas. En el fondo de ese barco, de forma antigua, estábamos sentados uno tras otro haciendo las veces de lastre para contrarrestar los esfuerzos del viento que cargaba nuestra débil arboladura. Todo fué á pedir de boca; hubimos de doblar á larga distancia una punta cubierta de yerbas que se ocultan debajo del agua, razon por la cual los buques que se dirigen á Taman tienen que hacer doble camino que si pudieran ir en línea recta. Medidos en la gran bahía de Taman y defendidos de las olas, nuestra travesía fué mas fácil, y aun pudimos perseguir encarnizadamente las bandadas de cisnes, pelícanos, cuervos marinos, colimbos y otras aves acuáticas, que se alzaban formando largas hileras y lamiendo la mar con un estruendo comparable al de un trueno lejano. Al acercarnos á la

costa de Taman no pudo menos de estrañarnos su aspecto, aun mas triste que el de la playa opuesta. Tocamos finalmente la tierra en el fondo de un pequeño ancon obstruido por grandes yerbas, y al pié de un desembarcadero de madera, bastante mal defendido contra el movimiento de las aguas.

Desde la playa Taman, lejos de presentar el pais un aspecto imponente, no es sino un triste conjunto de casas cubiertas de rastros, y solo algunos edificios mas altos atestiguan la residencia de los gefes militares de ese interesante punto. Despues de haber contestado de un modo satisfactorio á las formalidades exigidas, nos encaminamos sufriendo la fría lluvia que no habia cesado, á procurarnos posada. ¡Triste y mísera caravana! ¡Cuán lejos estábamos de Yalta y de los majestuosos caminos del Stille-Bogas! Aquí teníamos un cielo gris, un viento furioso, una lluvia penetrante, un barro profundo que habíamos de desafiár audazmente, y para colmo de desgracia, ni una posada. Un genoves de Kertch nos habia dado una carta de recomendacion para un compatriota suyo, vecino de Taman, y cuando á duras penas encontramos la casa, semejábamos otros tantos Ulises suplicando á la puerta de Eumeo: entregamos la credencial á una señora muy poco hospitalaria, que nos devolvió la carta,



añadiendo en tono duro que su marido estaba ausente. Al cabo de un segundo nos echó la puerta á los hocicos, mas en desquite los perros de la casa, encareciendo el recibimiento de su dulce ama, nos invitaban enérgicamente á que desocupáramos el sitio, como lo hicimos sin vacilar un punto. El caso era grave, y la perspectiva de una noche al aire libre se nos presentaba con colores poco atractivos: mas al fin á fuerza de investigaciones, nuestros marineros griegos encontraron un asilo en casa de una buena mujer rusa. Un angosto chiribitil, que recibia luz por dos agujeros, quedó muy pronto adornado con nuestra habitual pajaza, que era el blando plumazon del páramo que nos servia de cama; mientras que en un inmediato tabuquito desempeñaba el papel de combustible para prepararnos una abundante comida de lacticinios. La parte mas notable de esta casa, ó por mejor decir de esta cabaña, era la puerta que daba á la calle principal de Taman, en donde estaban las casas de los empleados superiores, y los escelentes coches parados en las inmediaciones acreditaban que eran muchos los gefes que trajeron á ese miserable pueblo las maniobras militares, cuyo teatro estaba tan cerca. Delante de nosotros habia un numeroso cuerpo de guardia, cuyos soldados iban casi todos ves-

tidos de circasianos, con la túnica ajustada, guardada de cartucheras en el pecho, y la cabeza resguardada con una ancha gorra. Un tupido forro forma el contorno de esa gorra que toma la figura de turbante y da un cierto aire de grandeza á esos hermosos rostros morenos. Los cosacos de Kuban hacen el servicio de Taman, cuyos puestos escalonados en el camino militar de Ekaterinodar escoltan los convoyes. Nada mas pintoresco que esos rústicos vivaques, cuyo cuartel general es una cabaña. Carros, telegos, gran número de caballos esperaban el paso de los viajeros, porque el puesto de los cosacos es al mismo tiempo un parador, y cada soldado, segun las circunstancias, se convierte en postillon ó en soldado de la escolta. En el límite del vivac, esos vigilantes centinelas montan la guardia cual si estuviesen en presencia del enemigo, mientras que los del piquete hablan y fuman tranquilamente cerca de las largas lanzas con asta encarnada. A pesar del malísimo tiempo que hacia nos dedicamos á visitar los alrededores de Taman, y ante todo la iglesia, edificio aislado y defendido por una cerca contra las arenas que el viento hacina muchas veces hasta el lomo de las paredes. La iglesia es de madera, fundada sobre base antigua, en la cual se ven caprichosamente colocados már-